

El olvido del Hombre

Noé Valle
Universidad La Salle

...nor promise that they would become in general,
by learning criticism, more useful, happier, or wiser.

S. Johnson: Preface to Shakespeare, 1765

Cuando las cosas nos parecen ser sólo lo que parecen,
pronto parecen ser menos aún.

Nicolás Gómez Dávila

Introducción

El pensamiento de Friedrich Nietzsche es una muestra de provocación intelectual no sólo en lo referente a los temas tratados o al lenguaje beligerante del autor, sino al amplio y profundo debate que él suscitó a lo largo del siglo XX. El nihilismo fue el tema rector de sus ideas. Sabedor de que su filosofía señalaba el fin de una época y un estilo de pensamiento, Nietzsche sometió a revisión y crítica las bases ideológicas que han sustentado la cultura occidental, y sobre esta crítica fundó su identidad como pensador hasta el grado de volverse un referente y un estereotipo al mismo tiempo. Aunque la crítica hacia la cultura tiene un importante papel en el pensamiento del autor de *Así habló Zaratustra*, también resulta cardinal el tema de la superación del nihilismo, que presenta bajo una solución dual: *el eterno retorno de lo idéntico* y *el superhombre*. Sin embargo, creemos ver una carencia y una contradicción en muchas reflexiones que cotidianamente se tienen sobre Nietzsche, éstas se deben al hecho de enfocar demasiado el papel de la crítica y demolición de los valores antiguos, para inmediatamente pasar al *superhombre*. Pensamos que el problema es que tanto en su lectura como en las obras mismas de Nietzsche, se descuida un punto sobre el que ciertamente el alemán no pone el acento con suficiente intensidad pero que resulta fundamental para la intelección de su pensamiento: el de la restauración de la *actitud de valoración*. Incluso más allá de la academia, la crítica por la crítica misma, el ataque hacia valores, ins-

tituciones o ideas viejas, es decir, la fase de derrumbar lo viejo para sentar las bases de lo nuevo, se ha quedado como la actitud permanente, generalizada y hasta cierto punto cómoda, de la sociedad contemporánea, lo que precisamente la hace, a nuestro modo de ver, sospechosa. No se trata de cumplir con el postulado nietzscheano tal cual fue planteado por él, sino de devolvernos la visión y la fuerza para superar esta crisis, pues la revitalización del espíritu de la cultura occidental depende de nuestra capacidad (de nuestra capacidad humana, la que brota de nuestro carácter) de poder volver a comprometernos en una aventura simbólica (¿metafísica?) que re-signifique nuestra realidad.

Este ensayo tiene como objetivo señalar que el camino que avanza hacia una nueva dotación de sentido de nuestra realidad, se ha estancado en el placer destructivo de las ideas antiguas. Hemos convertido a la que debería ser provisional demolición del pasado, en una nueva fuente de satisfacción, tan limitada como irreflexiva, y tan estéril cuanto que muchas veces se agota en sí misma, sin continuar con la construcción de lo nuevo. Señalar que este estancamiento existe y que la tarea de re-construir el mundo y sus significados sigue pendiente, es la meta de este texto; su aporte a la reflexión está, pues, en la invitación a releer la importantísima reflexión que Nietzsche hace (aunque como ya señalamos, creemos que él mismo no pone el suficiente acento en este punto) acerca de que la superación del nihilismo depende de la capacidad de restaurar la capacidad valorativa, sin la cual pensamos que esta forma estancada de crítica permanente, no se superará a sí misma.

¿A qué nos enfrentamos? Formulación del concepto

El desarrollo del pensamiento durante el siglo XX estuvo influenciado en todos los órdenes de la cultura por la sombra de un concepto que adquirió identidad bajo el nombre de *nihilismo*. En la filosofía primero, pero después en el arte, la ciencia, la política, las relaciones sociales... el fenómeno nihilista se fue manifestando de las más diversas maneras, aunque siempre asociado a la precariedad de los valores e ideas que antes guiaron la actividad correspondiente, con consecuencias que seguimos percibiendo y que se acrecientan, y con un origen que, de acuerdo al comentario unánime de los estudiosos, todavía no podemos ubicar con precisión.

El tema concerniente a la definición del nihilismo ha merecido comentarios de los pensadores más relevantes de la última centuria, quienes han puesto a aquél como un tópico de cardinal importancia para la cultura toda. No es un punto menor la referida incapacidad de poder dar una definición unificada del fenómeno. Al contrario, pues ello arroja pistas precisamente sobre aquello que hasta ahora ha sido consensuado en llamar *nihilismo*. Ernst Jünger en su céle-

bre texto *Sobre la línea*, formula una metáfora que nos ayuda a comprender la situación que prevalecía y prevalece en torno a la difícil conceptualización de este fenómeno, y consiste en equiparar el éxito en la formulación de una definición clara, con el descubrimiento del agente cancerígeno, que lleva a nuestro cuerpo a desarrollar este mal, pues ambas significarían el origen de una cura. Sin embargo, la naturaleza del nihilismo, como dice el mismo Jünger, no está apoyada totalmente en la categoría de *enfermedad*, pues “si el nihilismo se dejara abordar como algo específicamente malo, entonces el diagnóstico sería más favorable. Contra el mal hay remedios preparados. Más inquietante es la mezcolanza... del bien y el mal que a menudo se sustrae al ojo más perspicaz”¹.

El nihilismo según Nietzsche

No obstante, le corresponde a Nietzsche el papel de haber sido el gran teorizador del fenómeno nihilista, el primero en abarcar no sólo las grandes dimensiones y consecuencias para la cultura de este *huésped inquietante*, como él lo llamaba, sino también el primero en demostrar que el nihilismo forma parte cabal del desarrollo del pensamiento occidental en su expresión moral, o más en concreto, en su expresión de moral judeo-cristiana. Lo segundo que recalca es que la expresión más connotada del nihilismo se manifiesta en la desvalorización de los valores más altos de nuestro pensamiento occidental: “¿Qué significa el nihilismo?: *Que los valores supremos pierden validez. Falta la meta; falta la respuesta al ‘por qué’*”.²

Nietzsche plantea su idea del siguiente modo: el nihilismo debe ser comprendido como la culminación de un error que inició en el pasado, encontrando su formulación definitiva en el platonismo; este error consistió por un lado en la suposición de la existencia de un mundo ideal o espiritual por encima del mundo material y al que se dio el calificativo de *verdadero*. En dicha equiparación, piensa Nietzsche, se confirió algo más que el estatuto de *verdad* al mundo de las ideas y las formas abstractas; lo que también aconteció fue que al afirmar que el mundo ideal (de las esencias) es la *verdad*, es decir, constituye la esencia que justifica la existencia del mundo material en tanto que posee la pureza e inamovilidad incorruptible propia de las ideas inmutables; pero al mismo tiempo se degradó al mundo material con su contingencia, imperfección y muerte, características tan exclusivas del devenir de la materia, y con ello todo lo que estuviera vinculado a ella cargaría con ese juicio peyorativo que descalifica su forma de ser en el mundo. Así, según Nietzsche, el plato-

¹ Ernst Jünger, *Sobre la línea*, en Ernst Jünger y Martin Heidegger, *Acerca del nihilismo* (Barcelona: Paidós, 1994), 38.

² Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poder* (Madrid: Editorial EDAF, 2010), 35.

nismo desvió nuestras miradas, nuestro pensamiento y nuestros objetivos terrenales hacia un *más allá* que nos distrajo y confundió de nuestro arraigo original, entregándonos a la devoción de entidades extrañas y enfrentándonos a realidades celestes, tanto en el plano religioso como en el conceptual, tan ajenas a lo que efectivamente acontece en el devenir de nuestra existencia humana, de esta forma aprendimos a proyectarnos a donde no estamos, y a buscar lo que no somos en donde no está. En este sentido todos los dioses, las religiones y la moral surgen de esta confusión, así como el desprecio de nuestra vida terrestre, de la carne y sus apetitos, de nuestros instintos y nuestra precariedad ante el la naturaleza y la sociedad. Sin embargo Nietzsche ubica al cristianismo como la expresión moral más grave de esta distorsión, pues lo considera como una forma de platonismo, doctrina ésta reservada para sabios y filósofos, mientras que la religión cristiana será, como el mismo la llamó, un platonismo para el pueblo, que ha sacado reglas morales de este error y que ahora fungen como un lastre para la superación de la situación que acontece.

La postura de Heidegger

Más tarde, enfocándolo en el plano del ser, Martin Heidegger hace la complementación de la postura nitzscheana, o más bien, la sitúa desde la ontología mostrándonos al nihilismo como un fenómeno propio de la metafísica occidental y del olvido del ser. Más aún, el nihilismo como conclusión lógica y necesaria de la forma en la que el Hombre ha pensado al ser y lo ha olvidado confundiendo con el ente; así pues, relaciona la conceptualización del nihilismo que Nietzsche ha iniciado, con su propio cuerpo de doctrina que había venido trabajando.

El autor de *Ser y tiempo* cree que la forma en la que la humanidad pensó la existencia de la realidad toda, debía concluir indefectiblemente en el nihilismo, que significa el cierre de este ciclo interpretativo inaugurado en la Grecia clásica con Platón. Franco Volpi sintetiza magistralmente la visión heideggeriana sobre este punto:

...en el comprender lo que los entes son en su “ser” el hombre no permanece en el plano de los entes, sino que lo “trasciende”, y tal superación (Überstieg) es para Heidegger el origen de la “metafísica”. La metafísica es el modo fundamental de comprender el ser del ente propio del hombre occidental. Lo que caracteriza el acaecer de la metafísica es el “presentarse” (Anwesen) del ente de una cierta manera, con un cierto “ser”, al hombre que lo comprende. Cada vez toma consistencia una determinada comprensión del ser del ente, es decir, se establece una determinada respuesta a la pregunta “¿Qué es el ente?”, en la cual tendencialmente se olvida la originaria apertura del “presentarse”, del Anwesen. Cuando el ente

es definitivamente comprendido y determinado como voluntad de poder y como trabajo, cuando lo esencial es solamente asegurar y volver disponible al ente como posible fuente de energía, entonces la originaria apertura del presentarse del ente, es decir, su ser susceptible de comprensiones de ser diversas, queda obstruida. Se instaure así no sólo el olvido del ser, sino también el olvido de tal olvido. El verdadero y propio nihilismo metafísico es justamente esta situación en la cual ser “no es nada” (Heidegger, 1994 (1961): II, 338).³

Heidegger cree que el nihilismo pertenece a la historia misma del ser y que marca el fin de esa manera específica de comprender el ser del ente que fundó el platonismo, siendo al mismo tiempo de esta doctrina la responsabilidad indirecta de haber llegado hasta este punto del cese de las interpretaciones del ser del ente, constituyendo así el cumplimiento pleno de la metafísica occidental. A partir de ahora la humanidad debe preparar nuevas tablas de la ley, con nuevos sentidos, nuevo lenguaje, nuevos paradigmas y nuevas emociones, todo ello apoyado en una nueva forma de relacionarse con la existencia, es decir, nueva forma de entender al ser. Con un lenguaje diferente, Nietzsche está consciente de la urgencia de este cambio, que en realidad es una refundación de lo que somos no sólo como cultura occidental, sino una refundación de aquello que creemos que es la vida y nosotros como humanos.

La técnica y su relación con el nihilismo

Si bien Nietzsche fue el primer pensador en conceptualizar el nihilismo, mientras que Heidegger fue un gran continuador de esta reflexión llevándola al plano ontológico sobre el cual él venía trabajando, lo cierto es que no han sido pocos los teóricos que han enfocado sus esfuerzos en la identificación y descripción de las múltiples manifestaciones del nihilismo; muchos de ellos llevando claridad a situaciones que no era fácil hasta entonces de calificar como nihilistas, ayudando así a arrojar luz sobre la naturaleza del fenómeno. Aunque posiblemente sea el citado Ernst Jünger al que le corresponde el mérito de haber realizado una excelente descripción fenomenológica de la presencia del nihilismo después de la Primera Guerra Mundial. Por nuestra parte no entraremos en detalles de la obra de Jünger ni tomaremos más espacio para hablar sobre su postura ante el nihilismo y su idea sobre cómo superarlo, que presenta principalmente en *Sobre la línea*.

Sin embargo, todavía hemos de señalar un elemento que resulta imprescindible en el entendimiento del fenómeno que nos ocupa: el desarrollo acelerado de la técnica. A manera de resumen diremos que el desarrollo de la tecnología

³ Franco Volpi, *El nihilismo* (Buenos Aires: Editorial Biblos, 2005), 115.

desde por lo menos los últimos dos siglos ha sido francamente vertiginoso. Que la normalidad con la que vivimos hoy estos acontecimientos tecnológicos no nos impida maravillarnos ante el papel que esta verdadera hipertrofia tecnológica ha tenido cuando pensamos en escala del desarrollo cultural de la humanidad. En parte como causa y en parte como consecuencia, este desarrollo tecnológico ha sido relacionado con el nihilismo desde sus orígenes. En unos apuntes redactados como prefacio a lo que sería su obra *La voluntad de poder*, Nietzsche señala: “...El hombre moderno cree de manera experimental ya en este *valor*, ya en aquél, para después dejarlo caer; el círculo de los valores superados y abandonados es cada vez más amplio; se advierte siempre más el *vacío* y la *pobreza de valores*; el movimiento es imparable, por más que haya habido intentos grandiosos por desacelerarlo...”⁴ El pensamiento experimental del cual nos habla Nietzsche no se refiere al hábito de la mente científica que coteja conceptos para obtener conclusiones, sino al uso meramente instrumental en que hemos convertido nuestras relaciones otrora más profundas y elaboradas con la realidad y su significado. De igual forma P. W. Bridgman cree ver el mismo mal: “Adoptar el punto de vista operacional implica mucho más que una mera restricción del sentido en que comprendemos el “concepto”; significa un cambio de largo alcance en todos nuestros hábitos de pensamiento, porque ya no nos permitiremos emplear como instrumentos de nuestro pensamiento conceptos que no podemos describir en términos de operaciones”.⁵

Pero la técnica y la ciencia, han sido ambas consideradas probablemente por la civilización contemporánea como los más grandes productos de la razón, formando el binomio *tecnociencia*, haciendo nuestra vida menos complicada, ayudándonos a sobrellevar la precariedad con la cual la naturaleza y el azar complican nuestra realidad. Parece que la técnica se vuelve un factor de nihilismo cuando sufre un desarrollo vertiginoso del cual se vuelve siempre inapresable por su velocidad: “cuando a la nueva forma no corresponde el desarrollo de contenidos adecuados, cuando la realidad es plasmada y transformada por la técnica sin que las ideas, las personas las instituciones se adecuen con la misma rapidez, cuando la disciplina, la capacidad de organización, el potencial energético crecen sin un igual crecimiento de nueva sustancia, entonces la técnica produce nihilismo”.⁶

Parece haber un consenso que piensa que la tecnificación de la realidad conlleva una desvalorización del mundo del valor y del sentido, al secularizar las antiguas visiones sobre la existencia, no sólo las religiosas, sino todas

⁴ Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poder*, citado por Franco Volpi, *El nihilismo* (Buenos Aires: Editorial Biblos, 2005), 59.

⁵ P. W. Bridgman, *The logic of Modern Physics*, citado por Herbert Marcuse, *El Hombre Unidimensional* (Barcelona: Editorial Ariel, 2001), 37.

⁶ Franco Volpi, *El nihilismo* (Buenos Aires: Editorial Biblos, 2005), 109

aquellas más bien provenientes de la tradición y la sapiencia, reemplazándoles por una visión “objetiva” de la realidad, desencantándola al mismo tiempo y exigiendo acatamiento a ella: “Ante todo, el orden técnico es apropiado para cualquier traslado y subordinación arbitrarios... Están todos preparados para el funcionamiento puro, cuyo ideal se manifiesta en que se necesita sólo *apretar un botón o conectar...* al nihilismo no sólo le gusta el orden, sino que pertenece a su estilo”.⁷

Hasta aquí podemos decir que la técnica produce nihilismo en dos momentos: el primero con la velocidad de la transformación de los productos que no da tiempo a la humanidad para asimilar su significado y consecuencias; el segundo, al “objetivar” la realidad, al ordenarla, regularla y poner a su servicio las fuerzas productivas de la sociedad, lo que genera una mentalidad instrumental con la cual juzgamos y valoramos la realidad. Esto sucede a la par del desencantamiento del mundo, con la reducción simbólica de la realidad. ¿Pero, cuál es la influencia que tiene la técnica sobre nuestro carácter? El filósofo español, José Ortega y Gasset piensa que en los últimos tiempos la técnica ha traído un casi instantáneo debilitamiento de la fuerza que constituye y da apoyo al desenvolvimiento de la civilización: la fuerza de superación humana:

El hombre medio, desde la segunda mitad del siglo XIX, no halla ante sí barreras sociales ningunas... Nadie le obliga a contener su vida... Tres principios han hecho posible ese nuevo mundo: la democracia liberal, la experimentación científica y el industrialismo. Los dos últimos pueden resumirse en uno: la técnica... Esto nos lleva a apuntar en el diagrama psicológico del hombre-masa actual dos primeros rasgos: la libre expansión de sus deseos vitales –por lo tanto, de su persona- y la radical ingratitud hacia cuanto ha hecho posible la facilidad de su existencia. Uno y otro rasgo componen la conocida psicología del niño mimado... La criatura sometida a este régimen no tiene la experiencia de sus propios confines.⁸

Así pues, a la técnica como factor de nihilismo habrá que agregar la idea orteguiana que considera el debilitamiento del carácter del hombre contemporáneo al sentir que nada la ofrece límites y resistencia, con lo cual el ideal de superación queda debilitado. Será esta idea la que más nos interesará al respecto del tecnicismo para el desarrollo posterior del artículo.

Antes de concluir esta sección, nos limitaremos a enlistar algunas características del fenómeno nihilista, y aunque es verdad, como ya se ha dicho, que no hay una definición unificada del concepto, existen empero rasgos más

⁷ Ernst Jünger, *Sobre la línea*, en Ernst Jünger y Martin Heidegger, *Acerca del nihilismo* (Barcelona: Paidós, 1994), 28-30.

⁸ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* (Madrid: Espasa Calpe, 1972) 67-69.

o menos consensuados de la sintomatología de nuestra época; con estos nos quedaremos a manera de orientación conceptual para el desarrollo de este artículo. Así pues, el nihilismo representa:

a) Desvalorización de los valores superiores y la incapacidad para concebir nuevos.

b) Pérdida del sentido metafísico: el simbolismo del mundo material se adelgaza.

c) Tendencia a la reducción: falta la búsqueda y el contacto con el absoluto; no hay un orden superior de pensar.

d) Técnica y orden: la tecnificación del mundo y sus objetos impone la normatividad de todos los ámbitos de la existencia. La realidad es puesta al servicio del trabajo y de la utilidad práctica que no dejan de innovar y nosotros de alcanzamos a incorporarlos a nuestro pensamiento.

e) Desaparición de lo maravilloso: se pierde el asombro y con él el impulso que crea diálogo y ciencia.

f) Nivelación del Hombre: la estandarización de la vida y el pensamiento. Se debilita el impulso de superación.

La reinención del Hombre

Nadie puede negar ya que estamos viviendo en una situación de extravío que, como la deriva que enfrenta un capitán que ha perdido el control del timón de su nave, nos lleva al capricho de los vientos. El adelgazamiento de la esfera de valores ha debilitado el tejido de principios que antes hubiera dado la guía para la acción en el desarrollo de la vida, y ahora, con el arraigo y la tradición de principios, presentes pero devaluados, da la impresión que el mundo y sus personas discurren entre la improvisación y el capricho, movidos por un extraño ritmo en donde las cosas “no dejan de comenzar”, como escribió Thomas Mann en 1924 en la introducción de *La Montaña Mágica* aludiendo a la situación de la Europa de la posguerra. Todo esto es cierto. Pero la magnitud de la crisis se entiende mejor cuando comparamos el periodo actual de la humanidad con una crisis depresiva como la que transitan los individuos en el devenir de sus vidas. La melancolía posiblemente se defina mejor desde la experiencia de aquel que ha sentido la pérdida de la noción de *futuro* en su vida, es decir, de la capacidad de proyectarse en una situación distante, hacia adelante, de imaginarse superando el estado crítico actual en un proceso de renovación, donde sus perspectivas se ofrecen nuevamente fecundas o al menos la posibilidad de cambio reaparece. En la sociedad de la desvalorización de los valores, falta el impulso vital que nos haga proyectarnos hacia adelante, por ello no hay futuro, o mejor dicho, no lo podemos imaginar, y por lo tanto,

crear. La crisis despliega su fuerza en este punto: lo que llamamos nihilismo implica todos los efectos arriba mencionados de los cuales el más evidente es la pérdida de los valores, sin embargo, *el nihilismo no es la pérdida misma, sino el agotamiento en la vitalidad.*

Las propuestas nietzscheanas de superación del nihilismo

Es en este punto donde volvemos a Nietzsche y a sus dos propuestas de superación de la crisis, pero no voltearemos a la famosa y aún oscura idea del *superhombre*, meta, y estímulo de la sociedad occidental que aspira a la renovación post-nihilista, así como tampoco a la del *eterno retorno de lo idéntico*, pues queremos poner el foco de nuestra reflexión en la condición para que ambas ideas cobren existencia efectiva. Ciertamente el superhombre como lo plantea Nietzsche reúne las condiciones para superar toda la moral judeo-cristiana, devolviendo al ser humano su arraigo terrestre: “¡Mirad, yo os enseño el superhombre! El superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra! ¡Yo os conjuro hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores, lo sepan o no”.⁹

Por su parte la idea del eterno retorno busca ser el factor que gatille el inicio de un cambio paradigmático que en el empeño de sentarlo en un esquema de valores libre de transmundos, nos plantee la gravedad y con ello la responsabilidad de nuestras decisiones. Esta idea nietzscheana afirma que el mundo de la materia (el único existente) está sujeto al proceso de creación y destrucción como lo podemos ver en todos los objetos. Cuando todo en el universo es materia y el tiempo infinito, entonces todo tuvo que haber sido ya creado y todo a su vez tendrá que destruirse, pero sólo para volver a crearse otra vez; en este ciclo de creación y destrucción, siendo la materia finita, el número de sus combinaciones será finito también, por lo que la combinación que corresponde a esta vida, la que estamos viviendo, tendrá que reconstituirse alguna vez más, y volveremos a estar aquí haciendo la misma vida, sintiendo los mismos dolores y las mismas alegrías, escribiendo este texto o leyéndolo usted: “...¿no tenemos todos nosotros que haber existido ya? ...¿no tenemos que retornar eternamente?”.¹⁰

¿Dónde está la fecundidad del abismo del *eterno retorno*? Podemos pensar junto con Milan Kundera que la fugacidad imprime una circunstancia atenuante a nuestros actos y que por ello debemos pensar en que cada decisión que tomamos la estamos eligiendo para la eternidad, sin embargo, la eter-

⁹ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra* (Madrid: Alianza Editorial, 2004), 36.

¹⁰ *Id.* p 231.

nidad no es una situación humana, lo cierto es la fugacidad de cada uno de nuestros actos. ¿Qué tiene la eternidad que no posea la finitud? Siguiendo el pensamiento de Kundera, creemos pertinente hacer una pequeña crítica a Nietzsche en este punto, pues la intención que tuvo al presentar el *eterno retorno* fue que a partir de la abrumadora responsabilidad que nuestros actos conllevan, que cada acción que realicemos estuviera guiada por la consciencia de que habremos de vivirla y volver a vivirla por la eternidad, ¿acaso esto no nos vuelve a llevar fuera de la tierra y de lo humano? ¿No nos devuelve un poco a un transmundo llamado *infinitud*? ¿Qué experiencia tenemos los seres humanos sobre la eternidad? ¿Acaso no deberíamos, en consciencia plena de nuestra transitoriedad, encontrar estímulos igual de fuertes para llevar una vida sin alienación ni escape de nuestro acontecer terrestre, que en su también probable fugacidad sepa darse sentido y pasión en su forma de vivirla?

La recuperación de la vitalidad

Pero hemos dicho que nuestro interés no se encuentra directamente en estas dos propuestas de Nietzsche para la superación del nihilismo, sino en lo referente a dónde pone el acento con las propuestas de superación dadas por él, pues sospechamos que no se ha hecho suficiente énfasis en que la condición para que ambas se cumplan sigue estando en el carácter del Hombre, en concreto, en la restauración de la capacidad valorativa, lo que en términos clásicos significaría que la vitalidad que nos lleva en tanto civilización a perseguir tales o cuales valores, está en la formación del carácter, pues si decimos que si el νόμος y el ἔθος de los objetos se diluye y pierde claridad, también hemos de recordar que para Nietzsche el mundo no tiene en sí mismo forma propia, sino que esta es dada por el ser humanos al momento de valorar la realidad. En mundo no habla, nada en la realidad tiene *su verdad* dentro de sí en espera de ser descubierta; al contrario, somos nosotros los que hacemos hablar al mundo al interpretarlo de tal o cual manera: “Para conservarse, el hombre empezó implantando valores a las cosas, - ¡él fue el primero en crear un sentido a las cosas, un sentido humano! ...Valorar es crear: ¡oidlo creadores! ...Cambio de los valores es cambio de los creadores”.¹¹ Siendo esto así, pensamos que la crisis de valores es una crisis del Hombre en tanto ser que otorga sentido y existencia a la realidad.

En La voluntad de poder, Nietzsche habla acerca del *nihilismo pasivo* y el *nihilismo activo*, señalando que el primero corresponde a la actitud de desencanto primera frente a la creciente pérdida del horizonte axiológico del pasado. Dicha actitud se conforma por la desilusión, el desencanto con la realidad,

¹¹ *Id.* pp. 100-101.

y finalmente deviene en pesimismo. Directamente realiza una crítica contra el nihilismo pasivo por considerarlo demasiado poco vital en términos de superación de esta crisis, pues no hay energía de innovación suficiente cuando esta pasividad se asemeja a una hoguera que se consume a sí misma al tiempo que se apaga. En realidad, el pesimismo es para Nietzsche una tristeza ante la existencia, una deposición de la fuerza de ataque debida al pasmo por el derrumbe del faro que orientaba la conducta.

Por otro lado, nos presenta al nihilismo activo, actitud esta que frente al mismo panorama de devaluación del horizonte axiológico, opta por acelerar el derrumbe, por ventilar la verdad y terminar así con un proceso a todas luces irreversible. Guía su actitud algo que podría hablar así: “si de todas formas todo esto se perderá, mejor ayudémosle a caer y así asomará más pronto el nuevo mundo que ya se anuncia”. En este grupo coloca Nietzsche su filosofía; considera que además de acelerar y poner fin más pronto a esta situación, es lo más responsable que podría hacer un pensador contemporáneo. En contraposición al pesimismo, esta actitud lleva implícita la fuerza de renovación que se volverá fundamental para el surgimiento y desarrollo de un nuevo esquema de valores en los términos que ya conocemos posee su pensamiento.

¿Qué está sucediendo?

Aquí es donde colocamos nuestra hipótesis, aunque más que hipótesis es una impresión, y que afirma que nuestra época es la de un nihilismo pasivo con expresiones de activo. Nos explicamos: pensamos que la vida contemporánea en sus “nuevas” expresiones sociales, en su concepción de lo que es bueno y malo, en su enfoque sobre lo que debería ser el mundo y el pensamiento en general, tiene más prisa por desmarcarse del pasado que por afirmar y asegurar su futuro en innovaciones que marquen camino duradero. Da la impresión que en el mundo de los valores devaluados, se ha vuelto crudamente real la concepción nietzscheana de la vida como *voluntad de poder* y que ahora más evidentemente se muestra que ésta dejó de esconderse en los espacios más profundos y recónditos de la cultura, el pensamiento y hasta de las intenciones más nobles de las personas, como Nietzsche intentó demostrarlo, y que ahora el deseo de imponer la voluntad a los demás se ha despojado de todo artificio, quedando francamente evidenciado. Y sin embargo vivimos en una época tremendamente pacífica (o donde al menos prolifera los medios para la paz, incluidos los jurídicos, políticos y los de la conciencia culposa), en donde hay conciencia sobre la salud física y mental (a pesar de la ignorancia aún extendida, o de la escasez de medios para lograrla), en donde hay conciencia de los derechos y libertades ciudadanos (con los claroscuros que brotan del intento desde el poder de negarlos, o de la incapacidad de difundirlos). Así,

pues, en este mundo de mejoramiento evidente de nuestras condiciones de vida y de ampliación de nuestra conciencia libertaria, en este mundo nos sentimos perdidos, falta una meta, un lazo invisible que nos ate.

Podría contraponerse a nuestra impresión el argumento que afirma que en el mundo de la muerte de Dios, estamos todavía aprendiendo a hablar y por eso balbuceamos, y que nuestras ganas de correr deben pasar por el lento y no siempre firme ensayo del ganeo. Sin duda eso es verdad, el reencuentro con el sentido de las cosas, más que reencuentro supone una reinención del mundo y sus asuntos, pero aún en estos intentos nos tememos que la actitud que crea, la actitud que innova espíritu no se nota con la misma intensidad con la que destaca el nihilismo activo; que el placer de destruir es el nuevo manantial de goce y alegría, en lugar del arraigo lento pero profundo que sabemos el otorgamiento de sentido a las cosas proporciona a la vida de los Hombres.

Nietzsche pensaba que el cristianismo y su moral habían obviado al Hombre con sus pulsiones, buenas y malas, y que la cultura en general había desoido la energía vital, la que da vida, pero también muerte, la que renueva pero aniquila, la que mata por amor a lo nuevo, a lo venidero. Esta energía estuvo siempre ahí, aunque la moral judeocristiana la había ocultado hasta hacerla irreconocible para nosotros mismos; pues bien, nosotros pensamos que la novísima voz del pensamiento también ha hallado la forma de avergonzarse de esa misma voluntad de poder y que la ha reemplazado con todas las ventajas de la sociedad contemporánea mencionadas unos renglones arriba, y que la vida del espíritu sigue siendo la misma voluntad de poder que no se reconoce a sí misma porque no quiere saberse puramente destructora. De nuevo ha encontrado formas de ocultarse a la conciencia. Nos estamos refiriendo a la actitud de los que intentan diferenciarse a como dé lugar, de no tener nada que ver con la tradición, la cual ahora es vista y reconocida en sus múltiples defectos, pero en ese frenético intento por ser diferente no creemos reconocer una actitud creadora, más bien resentimiento y pesimismo mal disimulado, es decir, una tristeza: “Todos vosotros que amáis el trabajo salvaje y lo rápido, nuevo, extraño, -os soportáis mal a vosotros mismos, vuestra diligencia es huida y voluntad de olvidarse a sí mismo. Si creyeseis más en la vida, os lanzaríais menos al instante. ¡Pero no tenéis en vosotros bastante contenido para la espera...”¹²

Pensamos que la fase activa del nihilismo ha producido en los individuos que la encarnaron, un efecto doble: por un lado permitió la manifestación del impulso vital llamado por Nietzsche *voluntad de poder*, el cual por cierto y de acuerdo con él, siempre estuvo ahí, pero ahora, por así decirlo, se le dio un cauce creativo como es el de la crítica y destrucción del pensamiento antiguo con

¹² *Id.* p. 82.

toda su falsificación del mundo terrenal, en vísperas de la aparición del nuevo sistema. Pero por otro lado está el hecho de que en este mundo nihilista faltan precisamente los nuevos referentes que guíen las acciones, y aunque por cierto el mismo Nietzsche dio su idea del sentido que debería tomar el nuevo esquema de valoración, ¿ha de ser así para todos? ¿Todos saben qué deben destruir, cómo se debe criticar y para qué? ¿Qué se quiere construir? ¿Cuál es el objetivo? ¿Debemos conservar algo de lo viejo? Nos parecen todas estas preguntas demasiado axiológicamente comprometidas para una sociedad con la devaluación de los valores superiores bastante desarrollada, o que al menos se ostenta más ligera con respecto al pasado. Sospechamos también que el placer por la destrucción se ha vuelto el placer paliativo del mundo contemporáneo. Esto no es nada nuevo, sabemos que la violencia empodera, repara autoestimas disminuidas y cierra las puertas del intelecto a la pluralidad de ideas. Para resumir: creemos que el Hombre contemporáneo asumió el nihilismo activo en sus modos destructivos, en franco desmarque de la tradición, pero también en necesaria expansión de su libertad, y que al mismo tiempo este placer de destrucción se convirtió en fuente de estímulos, en meta en sí misma, olvidando así que la misión se trata de construir valores nuevos y formas de vida acordes a ellos. Parece que nos quedamos atascados a medio camino dentro de un círculo vicioso, con un paliativo contra nuestra debilidad axiológica, pero que nos distrae de nuestra tarea de inventar un nuevo mundo con nuevos sentidos y metas: “¿Libre te llamas a ti mismo? Quiero oír tu pensamiento dominante, y no que has escapado de un yugo. (...) ¿Libre de qué? ¡Qué importa eso a Zaratustra! Tus ojos deben anunciarme con claridad: ¿libre *para qué?*”.¹³

Los pendientes del presente

Es fácil notar que acerca del riesgo de aparición de la situación antes descrita, Nietzsche estaba al tanto. Hay algunos, pero no tantos, pasajes de sus obras que así lo expresan con claridad:

Pero el peligro del noble no es volverse bueno, sino insolente, burlón, destructor. Ay, yo he conocido nobles que perdieron su más alta esperanza. Y desde entonces calumniaron todas las esperanzas elevadas. Desde entonces han vivido insolentemente en medio de breves placeres, y apenas se trazaron metas de más de un día. (...) En otro tiempo pensaron convertirse en héroes: ahora son libertinos. Pesadumbre y horror es para ellos el héroe.¹⁴

¹³ *Id.* p. 106.

¹⁴ *Id.* pp. 78-79.

Sin embargo, debido a la clara caracterización que hace Nietzsche del pensamiento enemigo, resulta más sencillo identificar que él aún se encontraba en otro momento del avance del nihilismo, y así lo evidencia su desprecio hacia los portavoces de lo transmundo, llámense cristianismo o platonismo, así como la descalificación que lleva a cabo de todo sentido gregario como incapaz de dirigir ningún sentimiento honesto o idea firme y valiosa. En ellos veía la voz del pasado, el peso de un mundo no sólo distorsionado en su “realidad”, como ya quedó explicado que lo hizo el platonismo, sino también en una hipertrofia de dictados morales que sólo conseguían alejarnos de lo que el ser humano es y de su vida sobre la tierra, o mejor, de lo terrestre de nuestra humanidad. Todo lo que es frágil y timorato despertaba en él sentimientos repelentes, precisamente por encontrar en estas cualidades el impulso vital contrario a la afirmación de la vida; hallaba en ellos más una voluntad de sometimiento que una voluntad de afirmación, y acertaba a reconocer en esta actitud un peligro para la superación humana: “Hoy, en efecto, las gentes pequeñas se han convertido en los señores: todas ellas predicán resignación y modestia y cordura y laboriosidad y miramientos y el largo etcétera de las pequeñas virtudes. Lo que es de especie femenina, lo que procede de especie servil y, en especial, la mezcolanza plebeya: eso quiere ahora enseñorearse de todo destino del hombre...”¹⁵

Y ahora estamos aquí afirmando que lo que Nietzsche creía que era “el peligro del noble”, nosotros lo generalizamos como característica del pensamiento contemporáneo. Sin duda en ello tiene que haber un progreso, pues revela un proceso evidentemente avanzado de desmitificación de la realidad, corrigiendo así la distorsión platónica del mundo material, y con ello, de las bases sobre las que posteriormente se sentó la moral judeocristiana. No obstante, hemos señalado nuestra impresión de que el proceso se quedó a medias y que se ha atascado, por decirlo así, en un círculo vicioso.

La verdadera meta

Justamente en el olvido de la meta está el peligro mayúsculo, pues habernos liberado de prisiones y tutelas, y comenzar a sentir la fuerza y responsabilidad de darle vida y sentido al mundo, nos conduce, a nuestro modo de ver, indefectiblemente a la conclusión de que no hallaremos nada afuera en la realidad que nosotros no estemos dispuestos a insertar en ella, esto es, debemos crear lo que queremos que exista, pero en la actitud que hemos criticado pareciera que aún hay la esperanza de que la realidad nos revele su interior y con ello su esencia. Hemos puesto nuestra energía en destruir el pasado, pero no sabemos hacia dónde queremos llevar el futuro. ¿Será que nos asusta el porvenir? ¿O más bien olvidamos para qué queríamos liberarnos? ¿Era más cómoda la tutela que el peso de la siempre confusa libertad?

¹⁵ *Id.* p. 391.

Posiblemente la mejor caracterización de esta atrofia actual que creemos reconocer, la encontremos en el Zaratustra, en el capítulo titulado *Del pasar de largo*. Ahí nos cuentan el momento en el que Zaratustra se acerca a la *gran ciudad* y cómo a sus puertas le sale al paso un necio cubierto de espumarajo quien le advierte sobre el lugar al que está a punto de entrar. Le cuenta sobre la degeneración de la ciudad, de sus personas, de las relaciones y costumbres que han adquirido y que no hacen sino avergonzarse de la baja que puede alcanzar el ser humano. Le especifica todos los vicios morales de sus habitantes y de la pérdida absoluta de humanidad allí. En un momento Zaratustra le pone un alto y le expresa cuánta repugnancia le da su *despreciar*. Para nosotros este necio representa perfectamente la actitud que hemos criticado líneas más arriba, la que se complace en su crítica hacia lo viejo y hacia el pensamiento antiguo, sin lograr superar su rencor y proyectar así el futuro.

Todo lo que este necio ha dicho sobre esta ciudad degenerada es cierto. No se trata de la verdad o falsedad de las afirmaciones, sino de lo que revela su manera de decirlo. En él no hay futuro; hay una sospechosa y resentida permanencia en el presente; se regodea de haber desenmascarado los vicios de ese lugar, pero fuera de eso no hay más. Él es enojo y rencor, no constituye un Hombre superior, no es asomo de nada, no es él un creador; y es más, Zaratustra adivina el porqué de su actitud:

“¡Acaba de una vez!”, gritó Zaratustra, ¡hace ya tiempo que tus palabras y tus modales me producen náuseas!

¿Por qué has habitado durante tanto tiempo en la ciénaga, hasta el punto de que tú mismo tuviste que convertirte en rana y en sapo?

¿No corre incluso por tus venas una perezosa y espumosa sangre de ciénaga, de modo que también tú has aprendido a croar y a blasfemar así?

(...) Yo desprecio tu despreciar; y puesto que me has advertido a mí, - ¿por qué no te advertiste a ti?

Sólo del amor deben salir volando mi despreciar y mi pájaro amonestador: ¡pero no de la ciénaga! -

(...) ¿Qué fue, pues, lo que te llevó a gruñir? El que nadie te haya *adulado* bastante: - por eso te pusiste junto a esta inmundicia, para tener motivo de gruñir mucho, - ¡para tener motivo de *vengearte* mucho! ¡Venganza, en efecto, necio vanidoso, es todo tu echar espumarajos, yo te he adivinado bien!¹⁶

¹⁶ *Id.* pp. 254-255.

Conclusiones

¿Hacia dónde debemos dirigirnos?

Creemos que dentro del proceso de superación del nihilismo, estamos en un punto donde la destrucción del mundo antiguo que devendrá en una nueva dotación de sentido de la realidad, se ha topado con un obstáculo, y que dicho obstáculo consiste en que la destrucción de las ideas antiguas, se ha quedado en eso, en el placer por destruir. Prueba de ello es la abundancia de convicciones de todo tipo, pero ninguna que llegue al punto de hacerse acompañar de compromiso. Pensamos que algún tipo de olvido tuvo que habernos llevado a este punto, y sostenemos que ese olvido es el *olvido del Hombre* y de su exclusiva facultad de moldear al mundo a su capricho, en el sentido de que podemos cambiar lo que las cosas “son”, o mejor dicho, lo que antes acordamos que las cosas fueran, y en esta capacidad de re-significar la realidad toda, podemos afirmar que el Hombre es Dios de su mundo. Olvidarse del Hombre es olvidarse de esta dignidad de creación y conservar, quizá al fondo de nuestras expectativas, la esperanza de encontrar el mundo ya hecho, ahí donde está esperando a que le imprimamos forma. Olvidar al Hombre es olvidar de que somos creadores, olvidar que en el perfeccionamiento del espíritu se esconde el verdadero impulso afirmante de la vida, y sospechamos que esta época no colabora para que rememoremos las fortalezas y peligros de ser un creador. La solución del nihilismo pasa por la recuperación de esta idea, que no es otra cosa más que recuperar la confianza en lo que somos y podemos hacer como especie, y esto es tener clara la convicción de que el mundo y la realidad en general, no son otra cosa más que lo que nosotros decidamos que sean. Así de grandes somos, y así de grave es el olvido de esta facultad exclusiva del ser humano, de ahí que el olvido del Hombre se nos asemeje a olvidar respirar; se nos va la vida en ello. Hoy, en un mundo sin Dios, ni hay quien nos de la norma de cómo debiera ser la existencia, ni podemos crear norma de lo que queremos que esta sea. En este punto nuestra destrucción del pasado sin construcción del porvenir, también crea y profundiza en vacío.

¿Qué debe existir para restaurar nuestra fuerza valorativa? Viene a nuestra memoria este otro pasaje de Ortega y Gasset donde dice que:

Nunca el hombre-masa hubiera apelado a nada fuera de él si la *circunstancia* no le hubiese forzado violentamente a ello. Como ahora la circunstancia no le obliga, el eterno hombre-masa consecuente con su índole, deja de apelar y se siente soberano de su vida. En cambio, el hombre selecto o excelente está constituido por una íntima necesidad de apelar de sí mismo a una norma más allá de él, superior a él, a cuyo servicio libremente se pone. Recuérdese que al comienzo distinguíamos al hombre excelente del hombre vulgar diciendo que aquél es el que se exige mucho de sí mismo, y éste, el que no se exige nada, sino que se contenta con lo que es, y está encantado

consigo. Contra lo que suele creerse, es la criatura de selección, y no la masa, quien vive en esencial servidumbre. No le sabe su vida si no la hace consistir en servicio a algo trascendente. Por eso no estima la necesidad de servir como una opresión... La nobleza se define por la exigencia, por las obligaciones, no por los derechos.¹⁷

De esta forma podemos encontrar una acepción en el concepto *servidumbre*, y tal vez nuestra época debería recordarlo: la servidumbre que nos menciona Nietzsche, la que “procede de especie servil”,¹⁸ no es sino una entrega de nuestra voluntad a ideas que definitivamente no provienen de una adecuada representación de la realidad, ni obedecen a un deseo de autoafirmación auténtico. Por el contrario, la otra servidumbre, la que afirma la voluntad individual, es el sometimiento a algo más grande que la limitada existencia de cada cual, poniéndonos así al servicio de una meta que nos convoca; es más un imperativo interno que una imposición externa. ¡Cómo va a ser un sufrimiento realizar aquello sin lo que no podemos vivir! Evidentemente hay una naturaleza trágica en esta sumisión de los caracteres nobles, donde la satisfacción de saberse parte de algo más grande que ellos convive con restricciones y sufrimiento, sin embargo, no tienen otra forma de asumir su existencia, y el precio que pueden llegar a pagar por obedecer estos dictados de su interior, se compensa con una mayor claridad del sentido que tiene su vida.

Para resumir nuestra idea del olvido del Hombre podemos decir que lo que se ha perdido de perspectiva es algo que mucho se ha repetido en la tradición occidental (y donde el cristianismo ha puesto el acento, aunque de una forma distinta a como lo pide la superación del nihilismo), y esto es que somos seres bastante insignificantes como para que nuestra existencia individual otorgue todo el sentido que la realidad demanda. La cultura, y en gran medida gracias a Nietzsche, conoce los riesgos de esta entrega alienante a una causa superior, pero ahí debemos leer el muy completo análisis que el mismo Nietzsche realiza sobre aprender a ser individuo, a diferencia del ser grupo, aunque ahora no es el lugar de hacer una exposición de ello. Baste en este momento con recordar que esa humildad que se reconoce insuficiente, pero que al mismo tiempo demuestra grandeza al poner su paso por la tierra al servicio de una causa superior, en otro momento de la historia del pensamiento, con conceptos notoriamente tradicionales, se le llamo *generosidad*: “Ser generoso es estar liberado de sí mismo: de los pequeños temores, de las pequeñas posesiones, de las pequeñas cóleras, de los pequeños celos...”¹⁹

¹⁷ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* (Madrid: Espasa Calpe, 1972), 72-73.

¹⁸ Vid supra p. 12

¹⁹ André Comte-Sponville, *Pequeño tratado de las grandes virtudes* (Madrid: Espasa Calpe, 1998) 115-116.

Pensamos que únicamente una actitud generosa con su fuerza y su tiempo puede crear nuevos valores, pues la auto-conservación no le resta energía de entrega y combate. Al mismo tiempo, y quizá como consecuencia de la generosidad, surge el sentimiento de honra. ¿Cómo va a existir un creador que no admira? ¿De dónde encontrará inspiración sino de aquello que reconoce superior? ¿Y cómo reconocería la superioridad si su placer estuviera siempre en la destrucción y su atención puesta en la conservación de sí mismo, tal como ahora creemos verlo por doquier? Así es, el pensamiento actual sigue distraído con su necesaria, aunque insuficiente, destrucción de los valores pasados, y en un ensimismamiento que le dificulta ver hacia afuera y reconocer que aún en el mundo de la pérdida de los valores, se necesita mantener la actitud valorativa que necesariamente pasa por la honra de lo superior: “Rebelión – esa es la nobleza del esclavo. ¡Sea vuestra nobleza obediencia! ¡Vuestro propio mandar sea un obedecer! “Tú debes” le suena a un buen guerrero más agradable que “yo quiero”, y a todo lo que os es amado debéis dejarle que primero os mande... ¡Vivid, pues, vuestra vida de obediencia y de guerra!”.²⁰

Bibliografía

- Comte-Sponville, André. 1998. *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Madrid: Espasa Calpe.
- Jünger, Ernst y Martin Heidegger. 1994. *Acerca del nihilismo*. Barcelona: Paidós.
- Kundera, Milan. 1985. *La insoportable levedad del ser*. Madrid: Tusquets Editores.
- Lefebvre, Henri. 2004. *Nietzsche*. México: Fondo de Cultura Económica
- Marcuse, Herbert. 2001. *El Hombre Unidimensional*. Barcelona: Editorial Ariel
- Nietzsche, Friedrich. 2004. *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. 2010. *La voluntad de poder*. Madrid: Editorial EDAF.
- Ortega y Gasset, José. 1972. *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa Calpe.
- Volpi, Franco. 2005. *El nihilismo*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

²⁰ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, 85.